

## Sin suerte.

DOI: 10.32870/revistaargos.v13.n31.e0201

Irma Jazmín Velasco Casas

Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente  
(MÉXICO)

CE: jazmin.velasco@iteso.mx

 <https://orcid.org/0009-0008-8984-2314>



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.](#)

Probablemente quienes piensan mucho en la suerte es porque no la tienen. Y suele ser común que, a quienes se estima poseen suerte o tuvieron un acontecimiento debido a ella, no la mencionen y lo atribuyan más a su esfuerzo, al azar, al destino, a su buena estrella o, en su mayoría, a una justa compensación divina por sus peticiones o sufrimientos.

Conviene distinguir la suerte de otros términos que, aunque relacionados, a menudo se emplean como si fueran equivalentes.

1. Azar. Aunque coloquialmente vinculado a lo aleatorio, el azar en realidad es matemático, es decir, se puede rastrear en sus variables y comprender con leyes precisas. Prueba de ello –sin lugar a contradicciones ideológicas– es encontrar a ciertos científicos convencidos de que “Dios no juega a los dados con el universo”. Metáfora –o no– esencial de las ciencias probabilísticas.
2. Destino. Sus acepciones concuerdan en que es uno, dictado por un ser superior o celestial; o bien, por una fuerza caracterizada por ser inteligente. Después del origen del universo, tal vez el destino sea el tema más popular en los mitos milenarios que tanto gustan; esto se evidencia en el primer libro de la humanidad, la maravillosa epopeya del Gilgamesh: Héroe que busca el secreto para traer de vuelta desde la muerte a su entrañable amigo Enkidu. La historia no nos cautivaría tanto si el destino (o la mala suerte, como refieren muchos de sus intérpretes literarios) no se hubiera encargado de enviar a una serpiente para frustrar su plan en el último momento. La incisiva pregunta persiste, ¿se puede rastrear desde entonces el vínculo entre serpientes y desgracias?
3. Fortuna. Diosa que encarna la buena suerte, con tendencia hacia la ruleta y el capricho. De jerarquía menor que Ananké, no solo por su origen romano frente al linaje griego de esta

última, sino también porque Fortuna suele personificarse, mientras que Ananké es principio cósmico ordenador. En contextos contemporáneos y no teístas, fortuna también es indicador de riqueza, éxito y posición privilegiada en la vida; en sus filas se reconocen interesantes perfiles obsesivos y acumuladores, así como a fanáticos que practican jaculatorias de prosperidad y/o abundancia.

4. Buena estrella. En muchas culturas –y prácticas psicológicas de las últimas décadas–, “nacer con buena estrella”, o en su defecto, “bajo mala estrella”, es una expresión fundamentada en la astrología. Este tipo de conocimiento considera que la posición de los planetas en el nacimiento de la persona es crucial para entender su carácter y su destino. Su consenso indica que no importa cuán duro trabaje alguien para cambiar su circunstancia, los astros ya lo determinaron. Por otro lado, “nacer bajo el signo de Caín” sería lo equivalente en la simbología judeocristiana, sólo que el alcance es mayor... aplica para toda la humanidad. La lectura de cartas se actualiza, así como el reconocimiento de los pecados –en consultorio o en confesionario–, pero el trazo de la vida o su naturaleza ya está escrito.

Hasta aquí se podría decir que las ciencias de corte positivista analizan el azar, mientras que la tradición literaria y el grueso de las ciencias humanas y sociales, así como otros conocimientos populares, se interesan más por el destino y la fortuna. Sin embargo, se intuye que hay una suerte distinta que difiere de los términos anteriores. Se propone una definición:

5. Suerte. Se entiende como aquello que no está comprendido en la clasificación previa, es decir, la suerte no se puede atribuir a una fuerza superior inteligente, a un ser divino o a posiciones astrales; la suerte tampoco está supeditada a mediaciones humanas y no se pueden rastrear sus variables *ad infinitum*. Entonces, se especula que, la suerte es indefinida, puesto que en una vida pueden presentarse varios acontecimientos, uno solo o ninguno. La suerte, por tanto, es autónoma, irracional, no probabilística, atemporal, incalculable e ilimitada.

Ahora, si se ha hecho tal diferenciación, no significa que los cinco términos no estén entretejidos o no se crucen en algún punto. La verdad resulta muy tentador argüir que el destino, los astros y la fortuna son los coordinadores de la suerte y el azar. Esto implicaría un fino trabajo transdisciplinario, –tan aludido en estos días, como poco practicable–, pero a la vez dar un salto hacia lo desconocido, por lo que el asunto terminaría pronto; no obstante, sería incoherente dada la propuesta que la suerte es

autónoma y escapa de todo control, incluso de un control inteligente. Además, el propósito de este trabajo no es analizar esas intersecciones –suponiendo que existiesen– o hacer casuística para entender los eventos de una vida; el estudio que se plantea es más de corte esencialista, así que se procederá a aislar a la suerte para explorar su naturaleza.

Si se revisa por contraposición, *la mala suerte*, primero se deben desmarcar los designios providenciales –o castigos, según se interprete– porque como muchos libros sagrados relatan, todo dios reclamaría su injerencia en semejante suceso. Así que a la mala suerte se le puede retirar las asociaciones de voluntad sobrehumana y mente suprema ordenadora, como suele atribuirse a la famosa Ananké. Pero esta demarcación no resulta sencilla, prueba de lo anterior es que la profecía es una excelente manera de iniciar historias trágicas. Shakespeare recurre a las Moiras, hijas o ejecutoras de la inevitabilidad del destino, –quienes no se le aparecieron a Macbeth por su propio gusto–, para anunciarle su porvenir, el único que estaba escrito para su vida y reino, previendo la ambición que tramaba su alma.

Buscando terrenos más racionales –pero no menos trágicos–, la mala suerte es a menudo empleada en escenarios psicoterapéuticos para justificar malas decisiones que, ya sea por falta de visión –inteligencia y no brujería–, déficit de responsabilidad afectiva o trama compulsiva del inconsciente, las personas encuentran respuestas para sus vicisitudes. Ante tales excusas, suele verse que quien dice tener mala suerte, recibirá de sus interlocutores gestos como encogimiento de hombros y bocas rectas.

Por caminos más intrincados, es pertinente señalar que incluso la suerte se expresa en latín y en contextos lógicos, pues es una de las favoritas entre quienes recurren a la lista de falacias. La falacia *post hoc* se usa al asumir que, si un evento acontece después de otro, el primero debe ser la causa del segundo, aunque no haya relación causal real. Para ilustrarlo: “Nunca inicio nuevos proyectos en el mes de marzo, siempre que lo he hecho, he tenido una suerte terrible”. O bien, “si no hubiera ido al doctor, hoy no estaría enferma”.

En este punto del ensayo se invita a tomar distancia de los juicios negativos, –potente material para terapeutas y moralistas–, y así explorar si el escollo de la suerte consiste precisamente en el juicio de valor.

¿Qué pasaría si sólo se refiriera a la suerte como un sustantivo incompatible con adjetivos calificativos? Si sólo se dijera “ayer tuve suerte”. La percepción inmediata es una cualidad positiva. Aquí se encuentra un elemento diferenciador de azar y destino, que por sí mismos no refieren una cualidad

benéfica; la suerte, por el contrario, es buena, mientras que el azar y el destino, no lo son necesariamente. Por su parte, la fortuna y la estrella sí suelen requerir del calificativo, pero esto se tratará más adelante. Si se analiza la frase “ayer tuve suerte”, el verbo tener habla de posesión y se ha dicho que la suerte no puede controlarse, entonces, ¿podría decirse “ayer fui suerte”? Verbo ser. Problema ontológico duro. “Ser suerte” también supone tenencia, de hecho, substancialización, material fino para metafísicos y aporía para este análisis. ¿Serviría añadir que la suerte *debe* ser laica? Ya se revisará esto, pero antes, puede ser útil este ejercicio con la palabra *fortuna*:

“Ayer tuve fortuna”	Uso coloquial admitido que conlleva mimetizarse con la diosa o poseerla. En términos pragmáticos y no teístas, la fortuna ambiciona la tenencia y la duración.
“Ayer fui fortuna”	No se reconoce uso coloquial ni poético.

En el caso de la palabra “buena estrella”:

“Ayer tuve buena estrella”	En la lógica de la astrología, la buena o mala estrella sólo es válida en el nacimiento o para entender periodos prolongados de prosperidad o aciago si se usa con el adjetivo “mala”.
“Ayer fui buena estrella”	Uso poético con poca fuerza y fuera de la praxis astrológica.

Por otro parte, la cualidad de laico parece inevitable que, al alejar toda creencia religiosa de la suerte, el adjetivo se integre de manera orgánica al concepto.

En este punto es necesaria una clarificación con lo que se puede deducir sobre la suerte hasta ahora.

5.1 Suerte: término resbaladizo, resistente a la pertenencia, sujeción y definición. Laico.

Delimitar la suerte es una empresa no apta para ansiosos. ¿Será que se ha llegado a un límite lingüístico y se generó un falso problema? Pensar en Wittgenstein muestra una pista.

Es curioso observar que en alemán la palabra “glück” tiene dos acepciones: suerte y felicidad. Es la única lengua donde esto sucede desde el siglo trece, en pleno apogeo del Medioevo. Estudios semánticos muestran que en el siglo dieciséis se utilizaba “glückland”, que significa estado o condición de una persona; también era común decir “gutter glückfal” para referirse a suerte, éxito y oportunidad; y “glückfeligkeyt”, para expresar prosperidad. Más tarde se asoció el latinismo “fatum” y el destino entró en la cancha.

Para el siglo dieciocho se hablaba de *felicidad* como un estado que no dependía de los esfuerzos y deseos humanos, sino que se realizaba en la totalidad de los acontecimientos de la vida humana, los cuales podían corresponder o no con las esperanzas y aspiraciones del individuo.<sup>1</sup> Un siglo más tarde se complicó la distinción al considerar la subjetividad y, hasta el momento, la palabra “glück” mantiene su doble sentido, por lo que ofrece una alternativa para los propósitos de esta búsqueda: ¿la suerte es felicidad?

En el uso práctico de la lengua germana, la suerte se entiende como un estado o condición de una persona. Se intuyó en este texto que la suerte es autónoma, irracional, no probabilística, atemporal, incalculable e ilimitada. Concebirla como un estado o condición permite pensarla como un acontecimiento independiente que se siente y se reconoce, desvinculada de una causa rastreable o medible (azar) o inteligente y predestinada (dios o astros). Ahora bien, su aparición en el curso temporal de la vida puede ser incierta; es común escuchar que alguien en su lecho de muerte examinó cuántos eventos experimentó asociados a la suerte y si lo asoció con algún patrón, aun así, se encuentra con la dificultad de dar razones o identificar las causas. Pero ¿qué se encontraría si a la misma persona se le planteara este ejercicio en términos de felicidad?

¿Se identificaría que los estados de felicidad en su vida fueron autónomos, iracionales, no probabilísticos, atemporales, incalculables e ilimitados? La predicción involucra aspectos volitivos y racionales, y se vislumbran escenarios donde se expresaría algo como: “yo construí –o no– mi felicidad”. Surgen más preguntas, ¿cómo llegaron los alemanes a concluir que la felicidad puede o no corresponder con las esperanzas y aspiraciones de los seres humanos? Parece una cuestión de filólogos.

De momento se avista una colaboración budista. Ser feliz es desapegarse de todo, no sólo de lo material, sino del yo y sus deseos, sus creencias, sus conocimientos. De acuerdo con esta tradición

<sup>1</sup> Ivanov, Andrey Vladimirovich, y Rimma Anvarovna Ivanova. 2021. “Four Centuries of German ‘Happiness’ in Lexicographers’ Interpretations.” *SHS Web of Conferences* 122: 01005. <https://doi.org/10.1051/shsconf/202112201005>, p. 3.

oriental, sus practicantes apegados a la disciplina basada en *las cuatro nobles verdades* alcanzarían diversos estados de felicidad interior. Por tanto, la felicidad-suerte es el resultado de una actitud que se cultiva, y eso implica descartar su autonomía debido a la mediación humana...

Ante tal callejón sin salida es necesario regresar a otra pista alemana, ahora de la mano de Nietzsche. En su filosofía no se encontrará la palabra “glück”, pero sí “zufall”, que significa azar. Prefirió ese término en lugar de suerte para referirse al motor del devenir, —en su uso lingüístico y no metafísico—; dicho motor explica lo incontrolable, irracional, contingente, amorfo y no-intencionado de todo lo que sucede que, por cierto, carece de propósito o sentido último. De ahí que, ser feliz sería más un efecto de la posición subjetiva frente al azar.

Hacia la cuarta página de esta investigación se valora el descuido inicial de haber limitado la definición de azar a las matemáticas. Se reconoce que fue injusto epistémicamente otorgar mayor autoridad a las ciencias exactas que a las humanas... una vez más. Y casi sin lugar a duda, se estima que se pudo haber ahorrado esta tribulación.

Para terminar —de manera provisional—, se puede concluir que la suerte empata medianamente bien con el azar nietzscheano, pero se requieren tres precisiones.

1. Aunque el uso de azar es lingüístico y no metafísico, Nietzsche dejó abierto qué es en sí el azar. Si sólo se usa “motor o fuerza del devenir” como categoría para articular su filosofía, no es claro qué es lo que representa dicha categoría o principio. Podría ser el mismo caso de inteligibilidad de la *voluntad schopenhaueriana*, o el *nómeno* de Kant.
2. Si convenimos que el azar es la realidad misma o aquello que moviliza el flujo del devenir, el azar bien podría ser la vida.
3. Si se *posee* o se *es* vida, ¿por qué en la biografía se tiende a resaltar que hay eventos sin causa aparente que son significativos? Algunos suelen declarar: “en mi vida he tenido suerte”, y en este giro el razonamiento sería: “en mi vida he tenido vida”; o “tengo suerte de haber conocido a esta persona”, por: “tengo vida por haber conocido a esta persona”. Una tercera: “tener esta enfermedad confirma mi mala suerte”, en su lugar: “tener esta enfermedad confirma mi vida”. Así, sin adjetivos calificativos.

Por tanto, el lenguaje muestra otro límite, —eso es lo que encanta sobre él— y permite la hermosa facultad de historizar. Si se tuviera que concluir con una definición de suerte siguiendo la lógica de los argumentos hasta aquí desarrollados, sería la siguiente.

5.2 Suerte: Vida, categoría de categorías, fuerza esencial, irracional, no probabilística, atemporal, incalculable e ilimitada. Actúa sin finalidad moral, aunque se objetiva e historiza por la necesidad de sentido del ser humano.

Los alcances del método especulativo topan con aquello que no puede nombrarse. Deja inquietud, tal vez con un giro de índole místico-poético que se inclina por indagar de qué manera se puede evidenciar aquello que está más allá del lenguaje. En la coyuntura actual no queda más que apelar a nuevas colaboraciones. Se convocan a todas aquellas ciencias, disciplinas, seudociencias y saberes varios que disfruten experimentar incertidumbre, angustia y callejones sin salida. Puede que juntos tengamos un poco más de suerte.